

CAPITULO XI.

Los extranjeros y la revolución.—Asalto de Haciendas.
—Atencingo.—Torreón.

En lo general, los hombres que sostuvieron con las armas en la mano el plan de San Luis Potosí, fueron dignos de la causa que defendían, conduciéndose con notable espíritu de disciplina, y una conciencia bastante clara de sus deberes. Que hubiera entre esos hombres algunos, cuya conducta no se ajustara bien al molde revolucionario, no es de extrañar. La revolución, tuvo que admitir á cuantos se alistaron en sus filas, sin fijarse en antecedentes, sin exigir á cada uno patente de acrisolada honradez. Con los verdaderos patriotas, tenían que mezclarse algunos aventureros; con las gentes honradas, algunos ladrones; con los que sacrificaban sus propios intereses en aras de la idea, aquellos otros, que á la vez que comprometían su vida, procuraban comprometer los intereses ajenos; con los que iban por un sentimiento de justicia, los que tenían la venganza por único sentimiento. Pero todos ellos, los unos y los otros, los buenos y los malos, consumaron una obra buena. Y no hubo, no, dadas las circunstancias, los excesos comunes á toda revolución de carácter popular. Hubo excesos tan lamentables como los de Atencingo y Torreón, y aun en éstos últimos que por el gran número de víctimas constituyeron hecatombe terrible, acaso la his-

toria exima á los revolucionarios de la responsabilidad moral, pues la sospecha de que los federales armaron la colonia china, y la indujeron á defenderse, llevando á su ánimo la idea de que serían atacados y despojados de sus bienes por los maderistas, parece que no está destituida de fundamento. De otra suerte, parece inexplicable el hecho, pues ni allí donde la guerra tuvo su principal teatro, y en donde el Celeste imperio contaba con numerosos súbditos, contra éstos no se cometieron desmanes dignos de llamar la atención. Alguna circunstancia debió mediar para que en Torreón sucediese lo contrario, y en grado semejante.

Respecto de lo ocurrido en Atencingo con seis infelices españoles, cruelmente asesinados, díjose mucho y acaso no se dijo aún la última palabra. Lo más probable es que se trate de un acto de puro vandalismo; tampoco es de todo punto imposible que se haya ejercido en inocentes una ruin venganza. La colonia española, al observar que en otros lugares también sus compatriotas habían sufrido atropellos, (dándose el caso que en una ocasión salvó uno de ellos la vida, porque tuvo la suerte de resultar "sueco," al ser identificado); al observar eso, decimos, creyó ver una hostilidad odiosa hacia los españoles, por parte de la Revolución, es decir, del pueblo. Hasta en la prensa española hubo noticias telegráficas del antiespañolismo del señor Madero, noticias que después fueron rectificadas, pero que no necesitaban, ciertamente, de rectificación, pues pasiones tan pequeñas no son propias de hombres que se manifestaron tan grandes.

Aparentemente, no era aventurada la suposición de los españoles, ya que los hechos eran patentes. Sin embargo, debió tenerse en cuenta que en la situación

anormal porque atravesó el país durante seis meses, todos los residentes, sin exceptuar á los extranjeros, tenían que pagar tributo á la situación, esto es, sufrir las consecuencias de aquella anormalidad, y en la forma y cuantía, los extranjeros, proporcionadas á su número, á su género de vida, á sus relaciones con los naturales y á otras muchas circunstancias, del momento más que de la historia. Muy numerosa es la colonia hispana y muy repartida está en el país. La comunidad de idioma, de ideas, de gustos y de aspiraciones, hacen que el español esté con la familia mejicana más en contacto que ningún otro extranjero, pues él es tan íntimo, que más que contacto resulta verdadera confusión, especialmente en la vida rural.

De ahí que entre unos y otros, españoles y mejicanos, haya muy hondos afectos y las discordias sean más profundas. Vive el español muy intensamente la vida mejicana y ha de sufrir, necesariamente, las consecuencias de semejante intensidad, adversas y favorables. Ahí está el mayor motivo—ó uno de los mayores, pues hay otros,—de los lamentables excesos de la revolución con los españoles. Otro motivo, nada leve por cierto, es el siguiente: Siempre la colonia española de México sintió una especie de debilidad por el déspota, debilidad á que él tuvo especial cuidado de no corresponder nunca, porque si es cierto que una que otra vez tuvo para la colonia alguna sonrisa, fué que ella, en caravana vistosa, iba á solicitársela á Chapultepec. Fuera de ahí, jamás dispensó una gracia á colectividad que le era tan devota, porque los favores que haya dispensado á éste ó aquel español, eran muy personales, y nunca debieron significar para la agrupación motivo de agradecimiento. Lo mismo que en la capital con el supre-

mo magnate, ocurría en los Estados con los mandarines. Los españoles se significaban siempre en su devoción á los gobernantes, no debiéndoles más que el respeto "legal" y la consideración social. Porque conviene insistir en ello: los españoles, colectivamente, muy poco ó absolutamente nada, debían á aquellos señores. Si en la edad "porfiriana" pudieron vivir en el país, y progresar, eso no fué una merced, sino una obligación, de la que el gobierno de ningún país culto puede eximirse, tanto por su buen nombre, cuanto porque el elemento extranjero que trabaja y progresa, no trabaja y progresa solamente para él, sino que en buena parte, su éxito redundaba en provecho del país, y en prestigio para los gobernantes.

Como la cuestión es interesante en alto grado, permítanos el lector que la dilucidemos bien, según nuestro leal saber y entender. La colonia española exageró su amor al régimen, creyendo debérselo todo, cuando, en realidad, no pudo deberle menos.

Y es que en esa numerosa y honrada colonia, no hay lo que llamaremos orgullo colectivo, y es poco común el individual. Sus individuos toman por favor lo que es justicia; toman por gracia lo que es derecho. Y esto, queriendo ser un halago al país, resulta un desaire á su cultura, pues parece que era lícito esperar en México el antiextranjerismo que priva en el Tíbet misterioso y en el Africa salvaje. Nada más distante de la verdad.

Ya la nación estaba hastiada de sus tiranos y tiranuelos, y todavía la colectividad española (arrastrada por individuos muy atentos á la personal conveniencia), se excedía en demostrar á los gobernantes esa devoción insensata que al destierro los sigue, y que tuvo expresiva manifestación en la Habana y en Santander. No resistían ya los infelices poblanos

la tiranía del gobernante que les tocara en suerte, y españoles había en Puebla que le honrasen con su amistad y su devoción. Los jefes políticos, afrenta del gobierno porfirista, eran generalmente gratos, al elemento español, cuando á lo más que tenían derecho, era á ser respetados y cordialmente odiados. Comprendemos que las necesidades de la vida orillen al hombre á muchas debilidades; lo que no comprendemos son las debilidades sin objeto. Ninguna colonia se significó como la española en favor del antiguo régimen (en hora felicísima derrocado); ninguna colonia, exceptuando la china, salió tan perjudicada en la revolución. Véase si la premisa es digna de la consecuencia. Por lo demás, el odio hacia los españoles ha tiempo que pasó á la historia, y ésta afirmación nuestra la tenemos bien documentada. Los que entre ellos se hagan dignos de odiosa popularidad, abonen á su personal cuenta la partida, y de ningún modo á su condición española.

Todos los extranjeros han tenido que sufrir, como dijéramos antes, perjuicios más ó menos graves, con motivo de la Revolución, pero no fueron aquellos de tal magnitud que pueda determinar un sentimiento hostil hacia la causa maderista. Precisamente, revolución tan humana, para ser tan honda, se ha visto muy pocas veces, ó tal vez ninguna. No careció de actos censurables, pero fueron muy aislados. Especialmente allí donde tuvo su foco principal, donde los altos jefes dirigían en persona el movimiento, la revolución no causó un mal que no fuera absolutamente necesario, ó prácticamente inevitable. Nosotros hemos tenido ocasión de observar la conducta de las fuerzas libertadoras al posesionarse de algunas poblaciones; hemos vivido también algún tiempo en localidades insurreccionadas, y podemos decir, sin

faltar á la verdad ni á la justicia, que la población pacífica y ajena á los asuntos políticos, tenía hartos más que temer de las fuerzas federales y de las autoridades constituídas, que de los revolucionarios. Una de las características de la revolución, fué precisamente, estar animada de un sentimiento único: derrocar el régimen dictatorial, atacándole dondequiera que le encontraba personificado. No tuvo para los extraños al régimen, nacionales ó extranjeros, ninguna hostilidad manifiesta.

CAPITULO XII.

Continuación de las negociaciones para la paz.—El manifiesto del Presidente Díaz del 7 de Mayo.—Las operaciones militares de este mes.—Torreón.—Pachuca.—Ciudad Juárez.—El Gobierno Provisional de Madero.

Al comenzar el mes de Mayo seguían las conferencias de paz que se celebraban en un lugar intermedio entre Ciudad Juárez y el Campamento de Madero, próximo al río Bravo. Representaban en ellas á los revolucionarios los señores doctor Vázquez Gómez, Francisco Madero (padre), y Pino Suárez, quienes acordaron el día tres prorrogar el armisticio, que terminó el seis definitivamente sin llegar á un acuerdo, porque el licenciado Carbajal, como antes Branniff, admitía discutir de todo menos de la renuncia del general Díaz. Las conferencias, pues, divagaban girando en un círculo vicioso. Sin la renuncia de Díaz y Corral, la paz era imposible, por lo tanto, á nada conducía la discusión de otros detalles sin ponerse previamente de acuerdo en el punto capital.

La situación era angustiosa para todos: la patria se hallaba en peligro de ser invadida por los veinte mil hombres que Taft había acercado á la frontera con el pretexto de maniobras.

Las seguridades que daba el Gabinete de Washington de no intervenir en México eran algo ambiguas: contenían distingos y condicionales que hacían te-



General revolucionario D. Gabriel Hernández
y oficiales de su Estado Mayor.

(De Fot. propiedad de H. Gutiérrez).

mer que cualquier suceso imprevisto nos trajese la invasión extranjera.

Urgía, pues, llegar á la paz. Madero ofrecía renunciar la Presidencia Provisional que asumiera si á su vez renunciaba el General Díaz, y urgido éste por la opinión pública, tanto como por la exigencia de los comisionados maderistas en las negociaciones, se decidió á ofrecer su renuncia en un manifiesto al pueblo, que fué publicado al siguiente día de terminar el armisticio, ó sea el domingo siete de Mayo.

Este manifiesto, último error político del general Díaz, elevó al sumum la indignación pública. "El presidente de la República—decía en el penúltimo párrafo—se retirará del poder, cuando su conciencia le diga que al retirarse no entrega el país á la anarquía..." (1)

Esto era muy vago y poco había que esperar de una conciencia que en veintisiete años de gobierno pacífico, no halló nunca la oportunidad de retirarse del poder. Además, si el general Díaz veía un estado de anarquía en un estado de revolución, debía comprender que tan sólo á su persistencia en el mando era debido.

Cuando Madero tuvo conocimiento del verdadero texto de semejante declaración, creyó perdida toda esperanza de arreglo pacífico y mandó activar la campaña. Sus tropas ocupaban magníficas posiciones para ofender á Ciudad Juárez, pero el general Navarro, que la defendía, confiaba en las fortificaciones levantadas por el coronel Tamborrell y esperó tranquilo el ataque. Los maderistas estaban impacientes por iniciarlo, tanto porque creían seguro el triunfo cuanto porque acababan de saber que tres

(1) Véase el Apéndice número 4.

días antes (el día 5) el general federal Luque faltara al armisticio atacando á Cerro del Mulato, punto enclavado en la zona que aquel comprendía, y ansiaban vengarse de esa perfidia. Los comisionados de paz del Gobierno y aun los mismos del partido revolucionario, le rogaban á Madero que no atacara á Ciudad Juárez, para poder reanudar las conferencias. El "leader" accedió y dió las órdenes necesarias para que sus tropas no avanzasen, pero no fueron obedecidas por todas, pues unos cien hombres acometieron y tomaron con gran impetu las primeras trincheras enemigas. Al enterarse el jefe de la lucha por el estruendo de las armas, envió órdenes para suspender el fuego y un ayudante al general Navarro, para que ordenase lo mismo á los suyos. Pero no obstante la bandera blanca que portaba el parlamentario, fué tiroteado y derribado al suelo gravemente herido.

Ya no fué posible contener el bélico ardor de los revolucionarios que se lanzaron sobre los baluartes federales con heroico arrojo, y muy pronto redujeron al general Navarro al último extremo (1).

Era la media tarde del 8 de Mayo cuando Madero, en vista de que ya no se podía hacer suspender la lucha entablada, dió órdenes á los jefes de sus tropas para que atacasen juntos, tomando la plaza y salvando así á los pocos revolucionarios que iniciaran por su cuenta el combate y que se hallaban en grave riesgo por haber avanzado temerariamente en las posiciones del enemigo.

El fuego de cañón y fusilería se hizo terrible y las bajas de una y otra parte muy numerosas. El general italiano Garibaldi, dirigía con gran acierto la artillería de los asaltantes sobre el Cuartel de Caballe-

(1) Véase el Apéndice número 5.

ría, donde se hallaba reducido el general Navarro con sus escasas fuerzas. Antes habían caído en poder de aquéllos, con relativa facilidad, la aduana y la plaza de toros que eran los baluartes avanzados de las tropas del Gobierno.

Duró el combate gran parte de la noche del día 8 y todo el día siguiente, hasta el 10 á medio día, hora en que el general Navarro se rindió, falto ya de todo medio de defensa.

La toma de Ciudad Juárez costó á los federales un coronel y dos capitanes muertos, un teniente coronel, tres capitanes y un teniente heridos, y de cincuenta á sesenta bajas en la clase de tropa. El coronel muerto lo fué don Manuel Tamborrell, que había dirigido las fortificaciones de la plaza.

Cayeron prisioneros con el general don Juan J. Navarro, un coronel, dos tenientes coroneles, un mayor, diez capitanes, nueve tenientes, dos subtenientes y 480 soldados.

Algunas de las balas de los federales cruzaron la frontera y cayeron en El Paso, donde ocasionaron siete muertos y once heridos. Sin embargo, no se produjo complicación alguna internacional, gracias al prudente tacto seguido en esta ocasión por el gobierno norteamericano.

Tan pronto Madero se posesionó de Ciudad Juárez, procedió á nombrar sus autoridades civiles y militares, y á formar un gabinete provisional, que quedó constituido en esta forma:

Presidente.—Francisco I. Madero.

Relaciones.—Francisco Vázquez Gómez.

Hacienda.—Gustavo Madero.

Guerra.—Venustiano Carranza.

Gobernación.—Federico González Garza.

Justicia.—Pino Suárez.

La impresión moral causada en el Gobierno por la pérdida de Ciudad Juárez, fué tremenda. El general Díaz vió por tierra su causa y decidido al fin á poner término á tal estado de cosas, envió instrucciones al señor Carbajal, para firmar la paz á cualquier precio.

Pero las consecuencias políticas de este triunfo de las armas maderistas, necesitan un capítulo aparte, y debemos antes ver cómo secundaron los revolucionarios en el resto del país, las afortunadas gestiones de su jefe en la frontera del Bravo.

Las operaciones militares fueron aún más activas que en el mes de Abril. Nuevas partidas y nuevos jefes aparecieron por todas partes, levantándose en armas en muchos lugares que hasta entonces habían permanecido tranquilos. Chiapas vió caer en poder de la revolución la importante ciudad de Pichucalco, Oaxaca, tomados los pueblos de alrededor y cortados los ferrocarriles, quedó aislada. al extremo de que el nuevo Gobernador interino, don Félix Díaz, sobrino del Presidente de la República, tuvo que atravesar á caballo las sierras para ir á tomar posesión del Gobierno; Michoacán, tenía á los rebeldes en La Piedad, Zamora, Puruándiro, Zacapú y otras poblaciones; en Guerrero los cabecillas J. Soto y los hermanos Figueroa, eran dueños de casi todo el Estado, sin excluir la importante ciudad de Iguala, y habían tomado ya otras muchas del de Morelos. Al mismo tenor en San Luis Potosí, Isauro Berástegui tomó á San Ciro, Nicolás Torres á Salinas de Peñón Blanco; Colima la capital del Estado de su nombre, cayó el día 19 en poder del jefe José Bueno; Nieves, Noria de Angeles, Mazapil, Concepción del Oro, etc., poblaciones del Estado de Zacatecas, fueron tomadas por Luis Moya y otros cabecillas. En una palabra: toda la República estaba alzada en armas, sin

que el gobierno pudiera apagar foco alguno de insurrección por hallarse ya, casi en absoluto, falto de ejército.

Sería materia imposible y harto monótona, dar cuenta de todas esas operaciones parciales que pusieron á los revolucionarios en posesión de innumerables pueblos; nos referiremos, por lo tanto, á los tres hechos de armas más importantes que ocurrieron en Mayo, prescindiendo de los demás. Esos tres hechos fueron la toma de Torreón, Pachuca y Mazatlán.

La toma de la primera de estas tres ciudades, fué acaso el hecho más trágico y desastroso de cuantos ocurrieron durante toda la revuelta. Desde el día 10 de Mayo empezaron los combates en las afueras de la ciudad que sostenía su defensor el general Lojero, con pericia y valor. El día 13 los revolucionarios dieron el primer asalto formal, que costó muchas vidas de uno y otro bando, sin que consiguieran adueñarse de la plaza: al día siguiente, se repitió el ataque en el que lograron avanzar algo los asaltantes poniendo á la guarnición en tal aprieto, que esa misma noche el general Lojero acordó evacuar la ciudad, verificándolo al amanecer del día 15, con hábil estrategia. Los revolucionarios no se ocuparon de perseguirle, pero tampoco se apresuraron á entrar á la plaza y esta demora dió lugar á espantosos acontecimientos. Las turbas de pueblo bajo, al ver indefensa la población, se entregaron al pillaje unas y á crueles venganzas otras. Durante largas horas la anarquía más espantosa, el incendio, el saqueo y el asesinato hicieron presa en la infortunada ciudad, siendo numerosísimos los vecinos pacíficos asesinados, los edificios destruidos y los comerciantes arruinados. Pero la nota final es la más trágica: una

cifra que se hace llegar á 300, pero que seguramente pasó de 200 súbditos chinos, fueron muertos; combatiendo algunos, asesinados los más.

Este terrible suceso, que produjo una reclamación internacional, que se tramita al entrar en prensa el presente libro, no puede explicarse bien. En la localidad no existían odios para los chinos como tampoco para ningún otro extranjero. Los hijos del Celeste Imperio abundan, no sólo en Torreón, sino también en las ciudades próximas que fueron tomadas por los revolucionarios, y en ninguna de ellas fueron objeto de hostilidad alguna. ¿Por qué en Torreón, sufrieron la saña del populacho y de los mismos insurrectos? Las versiones son muy distintas y nosotros vamos á acogernos á la que ha dado públicamente un chino mismo, persona acomodada y de cierta ilustración. Ese señor aseguró en un manifiesto que hizo repartir, que los chinos de Torreón fueron armados por el General Lojero, para aumentar el número de defensores, dándoles como pretexto que los revolucionarios al entrar en la plaza saquearían el banco chino, que allí existe y que guarda los ahorros de los infelices asiáticos. Crédulos muchos de ellos se armaron y se batieron valientemente, dando lugar á las sangrientas represalias. No respondemos de esa versión, pero sí la creemos la más racional y lógica. Por fin entraron los revolucionarios á la ciudad y restablecieron el orden.

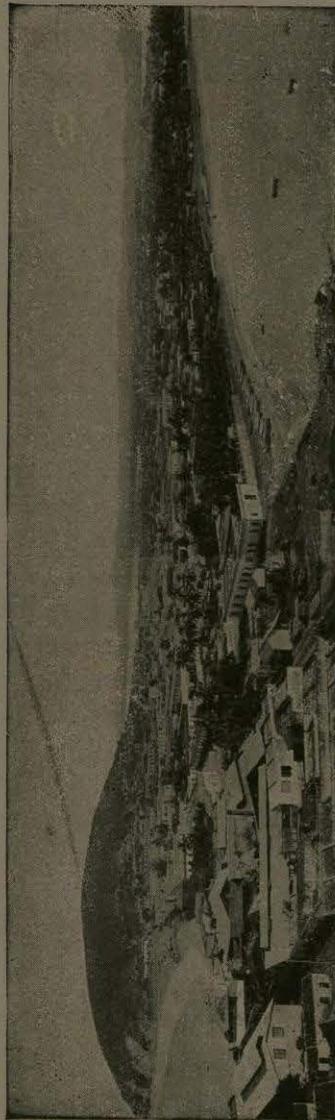
En la toma de Pachuca, capital del Estado de Hidalgo, verificada el 15 de Mayo, ocurrieron también algunos sucesos lamentables; abusos y depredaciones de la plebe cometidos en el intervalo que medió entre la rendición de la plaza y la entrada de los maderistas. En este caso está sí, muy palpable, la responsabilidad de las autoridades. El general revolu-

cionario Gabriel M. Hernández, se aproximó con sus gentes á la ciudad é intimó su rendición. El Gobernador don Pedro L. Rodríguez que carecía de todo medio de defensa y apenas contaba con 150 rurales, bien empapado del estado que guardaba la opinión pública favorable del todo á los maderistas, acordó entregarla sin luchar y, según él asegura, dió órdenes al jefe de los rurales para que reprimiera un motín que se formara en las calles y mantuviera el orden hasta la llegada de los revolucionarios; pero aquel jefe no le obedeció. Encerróse en el cuartel y aun parece que cometió la felonía de izar una bandera blanca y hacer fuego sobre el pueblo que se acercó creyendo que iban á entregárseles los rurales. Pronto llegó el general Hernández con su gente y con rapidez asombrosa, restableció el orden. En menos de 24 horas, hizo que presentase el gobernador su renuncia y que el pueblo por aclamación nombrase otro con carácter provisional; dió un manifiesto ofreciendo garantías al comercio é invitándole á abrir las puertas de los establecimientos con excepeición de aquellos que se dedicaban á la venta de bebidas embriagantes; hizo apresar á seis ó siete criminales feroces que las turbas amotinadas habían sacado de la cárcel y los mandó fusilar incontinenti, como autores de algunos incendios, robos y asesinatos en la noche anterior, y en una palabra, puso la plaza en condiciones tales de tranquilidad y orden que nadie diría al verla que había sido teatro, 20 horas antes, de tremendos actos vandálicos. Este jefe Hernández, que tan alto puso su nombre de caudillo prudente, hábil político y recto criterio para la justicia, es un joven que apenas acaba de cumplir veinte años de edad, y asombran sus cualidades morales, faltar como está de la experiencia de tan graves asuntos.

Réstanos, para terminar este capítulo, dar cuenta de la toma de Mazatlán, que en el X dejamos estrechamente asediado por las partidas de Conde y otros jefes revolucionarios.

El día cuatro de mayo comenzaron los rumores de que la plaza había caído en su poder y pocos días después, el hecho se confirmó. Tras de un ataque vigoroso, la guarnición tuvo que rendirse, pero antes se embarcaron en el cañonero Tampico, las autoridades, llevándose los fondos de la aduana y de otras oficinas públicas.

Haremos gracia al lector de otros sucesos militares del mes de Mayo, tales como la toma de Cananea, Sasabe y la Aduana de Palomas, en Sonora; la de Cosalá en Sinaloa que costó doce días de asedio y donde los federales se portaron heroicamente; Cuautla, en Morelos, que dió origen á un combate verdaderamente épico, cubriéndose de gloria su defensor el coronel Munguía; Durango, San Juan de Guadalupe, Indé, El Oro, Villa Ocampo, Villa Hidalgo, Cholula, etc., etc., etc. Si la República entera estaba en poder de la Revolución ¿qué podrían añadir esos acontecimientos al convencimiento general de que su triunfo definitivo era un hecho ya?



Vista de la ciudad y puerto de Mazatlán.

CAPITULO XIII.

El tratado de paz.—Tumultuosa sesión en el Congreso.—Motín en la Capital.—Las renunciadas presidenciales.

Al día siguiente de la rendición de Ciudad Juárez, se reanudaron las conferencias de paz; conferencias que se parecían más bien al testamento político de un régimen que á negociaciones diplomáticas entre dos potencias. Los comisionados maderistas, aunque engréidos por la última victoria, no exageraron las condiciones, y los representantes del gobierno, agobiados por el último desastre, comenzaron á ceder y admitieron ya que se discutiese la renuncia de Díaz y Corral, siempre que no fuera inmediata. Cuatro días después el Gobierno ofreció á Madero diez gobernaciones de Estado y una cartera en el Gabinete, esperando aún sostenerse á cambio de una participación maderista en él; pero también fué rechazada esta proposición, como era lógico, dado que el jefe de la revolución se sentía triunfante y quería arrojar del Poder á todo el partido científico, sin excepción alguna.

Convencido el señor Madero de que las últimas elecciones habían sido falseadas, tanto en lo pertinente á las primeras magistraturas de la nación como en el nombramiento de gobernadores, tenía de ante-

mano nombrados éstos, provisionalmente, en las personas de los candidatos populares que habían sido derrotados en aquéllas y estaban listos para tomar posesión de los cargos conforme la revolución fuera conquistando las capitales respectivas. Rechazó, pues, como dejamos dicho, aquella proposición y exigió nuevamente que el general Díaz anunciase públicamente su renuncia para una fecha determinada. Por fin, el día 17 de Mayo, en un largo consejo de Ministros que se celebró en el domicilio particular del Presidente, se acordó la doble renuncia Díaz-Corral, señalándose como plazo para presentarla antes del día último del mes.

¿Por qué todavía el anciano general se reservaba esa pequeña etapa de Gobierno? ¿Para qué quería conservar el mando una docena de días más? Misterios que avivaron la fantasía popular é hicieron correr las más diferentes explicaciones del hecho, algunas absurdas y extravagantes, otras muy razonables y verosímiles. entre estas últimas había la de la venida del general Reyes, que muy bien pudiera ocasionar un cambio en la situación dado que se creía produjese una fuerte excisión en el partido maderista.

Ello es que el general Díaz que acababa de declararse vencido á la faz de la nación, no sintió rubor en reservarse unos días más la Presidencia, alimentando vagas esperanzas que él mismo no sabía en qué se fundaban. Cuando llegó á noticias de don Francisco I. Madero que el Presidente acordara renunciar, temiendo que la renuncia fuera hecha en términos ambiguos, análogos á los del famoso manifiesto del 7 de Mayo, se dirigió por telégrafo al general Díaz en estos términos: "Necesito saber si la noticia de su renuncia es cierta. Le suplico me conteste directa-

mente." La respuesta no se hizo esperar: "Renunciaré en el curso del presente mes. El licenciado Carbajal le dará las demás bases."

Cuando tuvo Madero en su poder esta garantía de la renuncia, exteriorizó la noticia que produjo un entusiasmo indescriptible en las filas revolucionarias y en el pueblo todo. El mismo Madero se sorprendió con tan ansiada novedad, y dando por terminada la lucha se dispuso á que sus comisionados firmasen con el señor Carbajal un armisticio general y un convenio de Paz. Sin embargo, pasado el primer entusiasmo de la grata nueva, el señor Madero no habrá dejado de hacerse la pregunta que dejamos anotada. ¿Con qué objeto el Presidente Díaz no quería abandonar el cargo hasta fin de mes?

Acaso cruzó por el pensamiento del "leader" revolucionario la misma sospecha popular que se refería al General Reyes y es muy probable que para evitar toda dificultad, se haya propuesto estorbar la llegada de aquél. Lo cierto fué que tres días después, el 20 de Mayo, llegaba Reyes á la Habana, á bordo del vapor alemán "Ipiranga," y se encontraba allí con la extraña orden de detenerse en la capital cubana. Esta detención fué un gran triunfo de Madero y de importantísimas consecuencias para su causa. La Revolución nada tenía ya que temer ni de parte del general Reyes ni de parte de la situación porfirista, pero lo que evitó fué que el ex-jefe del partido antirreeleccionista tomase parte en el tratado de paz y se tuviese que adquirir con él compromisos importunos.

Allanadas al cabo todas las diferencias y estudiados todos los detalles, se firmó el 21 de Mayo en Ciudad Juárez la paz definitiva en un breve tratado que abarcaba estos puntos:

1o. Renuncia, antes de fin de mes, de los señores Porfirio Díaz y Ramón Corral.

2o. El licenciado Francisco L. de la Barra, Secretario de Relaciones Exteriores, se haría cargo del Poder Ejecutivo interinamente y convocaría á elecciones generales dentro de los términos de la Constitución.

3o. El nuevo gobierno estudiaría las condiciones de la opinión pública para satisfacerlas en cada Estado dentro del orden constitucional y acordaría las indemnizaciones de los perjuicios causados directamente por la revolución.

4o. Cesarían desde ese momento las hostilidades entre las fuerzas del gobierno y las de la revolución.

Este fué el texto del Tratado de Paz que se hizo público por medio de la prensa, pero no cabe dudar que hubo algún convenio secreto que abarcaba otras bases respecto de los altos puestos en el Gobierno, de los gobernadores de Estado, de las Cámaras legislativas y de la actitud que el Gobierno Provisional había de guardar ante los hombres de la Revolución.

Podía considerarse terminada la magna y patriótica empresa acometida por Madero y llevada á término con tanta abnegación y energía como heroísmo cívico. Sólo faltaba que el general Díaz enviase al Congreso su renuncia y ese detalle no podía ni había por qué demorarlo. Sin embargo, se demoró y con ello se dió lugar á un día de luto y trágico para la capital de la República. El caudillo que hollando sangre subiera al poder hacía 35 años, hollando sangre lo abandonaba. El fallo justiciero de la Historia tiene que ser adverso á la memoria del general Díaz. Las víctimas del 24 de Mayo clamarán siempre justicia.

La noticia de que aquel día se presentaba al Congreso la renuncia tan ansiada y reclamada por la

opinión pública, corrió por la capital como un reguero de pólvora inflamada. Los periódicos de la mañana la llevaron á todos los ámbitos de la ciudad, haciéndose culpables inconscientes de la tragedia que iba á ocurrir. Aseguraban que desde el día anterior la renuncia se hallaba firmada y por lo tanto el pueblo acudió por la tarde en masa al Palacio del Congreso para presenciar la importantísima sesión que debía verificarse.

Desde las tres de la tarde una multitud inmensa, compuesta de todas las clases sociales, invadió las tribunas y salones de la Cámara de Diputados, y cuando el Presidente señor licenciado Saavedra declaró abierta la sesión, rugía á las puertas del edificio una enorme ola humana irritada por no poder penetrar al interior donde no cabía ya ni una persona más.

El desórden que tal aglomeración produjo apenas permitió que se leyese el acta de la sesión anterior y en vano el Presidente agitaba la campanilla cuyo tintineo era dominado por el estruendo de centenares de voces que á grito pelado exigían se diese cuenta de las renunciias presidenciales.

Amenazada la concurrencia de las galerías por el Presidente, con el desalojo, se calmó un poco, y el diputado Flores apovechó el momento para dar cuenta de un proyecto de ley sobre escuelas de educación rudimentaria. Esta ley, como la de responsabilidad de los jueces, fueron los últimos pujos de fiebre legisladora que acometió á la derrumbada situación en sus últimos días. En menos de dos meses presentó al Congreso seis leyes orgánicas y varias transitorias; parecía querer desquitarse de su apatía de veintisiete años.

El público que llenaba la Cámara no estaba con

ánimos de escuchar leyes tardías é inoportunas: otra cosa más substancial y urgente reclamaba. No obstante contuvo su impaciencia mientras se votó el primer artículo de aquella ley, pero como la votación era nominal y resultaba lenta, el monstruo de mil cabezas, interrumpió la segunda votación pidiendo otra vez desafortadamente la renuncia del general Díaz. Estos gritos se mezclaban con los de ¡viva Madero! y el desorden llegó á tal punto que el presidente no pudiendo conseguir que la guardia desalojara las tribunas, abandonó la presidencia. Le substituyó en la ingrata labor de agitar la campanilla el Vicepresidente señor Peón del Valle, quien no obtuvo mejor resultado que el señor Saavedra. Al cabo se terminó por donde debiera empezarse, por decirle al público, por boca del diputado Calero, que no se daba cuenta de las renunciaciones presidenciales porque no se habían presentado aún á la Cámara.

Y como este recurso exasperó más al público por el desencanto que para él encerraba, se convirtió el recinto de las leyes en un pandemonium, donde nadie se entendía y todos gritaban. Los diputados ante aquella actitud del público abandonaron el local.

Excitadas ya las pasiones, el pueblo abandonó á su vez la Cámara para dirigirse por las calles de la ciudad en manifestaciones tumultuosas.

Apedreando el "Jockey Club," y rompiendo multitud de lunas en los comercios, cruzó la manifestación distintas calles, con rumbo á la de Cadena, donde se hallaba el domicilio del general Díaz. No pudo penetrar á ella porque estaba defendida por numerosas tropas, pero sus gritos y alaridos, sus vivas á Madero y sus mueras á Porfirio Díaz, atronaban el espacio y debieron llegar á la mansión del caudillo, quien las oiría bien, pese á su incipiente sordera.

¡Y fácil es suponer los tristes pensamientos filosóficos que se le habrán ourrido sobre lo efímero de las glorias humanas! No obstante, el general Díaz no podía tildar de veleidoso á aquel pueblo porque no era el mismo que en otro tiempo lo había aclamado; ¡era la segunda generación de aquél!

Una de las ramas en que se subdividió la manifestación al partir del Congreso se dirigió á la Plaza de la Constitución, donde se halla el Palacio Nacional y allí fué donde ocurrió el mayor número de desgracias porque la policía disolvió á tiros los grupos.

Como siempre en estos casos no se pudo averiguar de quién partió la provocación, pero es lo cierto que al despejarse la gran plaza se hallaron los cadáveres de tres gendarmes y nueve paisanos, teniéndose noticias de diecinueve heridos graves, entre ellos un niño de ocho años llamado Porfirio Díaz. Casi todas las víctimas presentaban heridas de armas de fuego.

Mientras ocurrían tan tristes sucesos en la hermosa plaza de Armas, hallábanse en el domicilio del General muchas familias de la más alta sociedad mejicana, que habían acudido á visitarle con motivo de su próximo viaje; al menos esta explicación dieron todos los visitantes á los reporters de los periódicos, y esto significaba que don Porfirio Díaz tenía acordado abandonar el país inmediatamente que presentara su renuncia, explicándose así también el retraso en presentarla, mientras no ultimara los preparativos de la marcha.

Como tal capricho no obedecía á conveniencia política alguna, hay que achacarlo tan sólo al indómito orgullo del general que no quería presenciar la natural alegría del pueblo al cambiarse el Gobierno. Pero es disculpable tal sentimiento, porque era la primera vez en su larga carrera política, que aquel carácter

de hierro se doblegaba vencido y humillado ante el enemigo (1).

¡La noche que medió entre los sucesos referidos y el glorioso 25 de Mayo, debió ser para el coloso mil veces más atroz que las horas sufridas por Napoleón en Santa Elena!

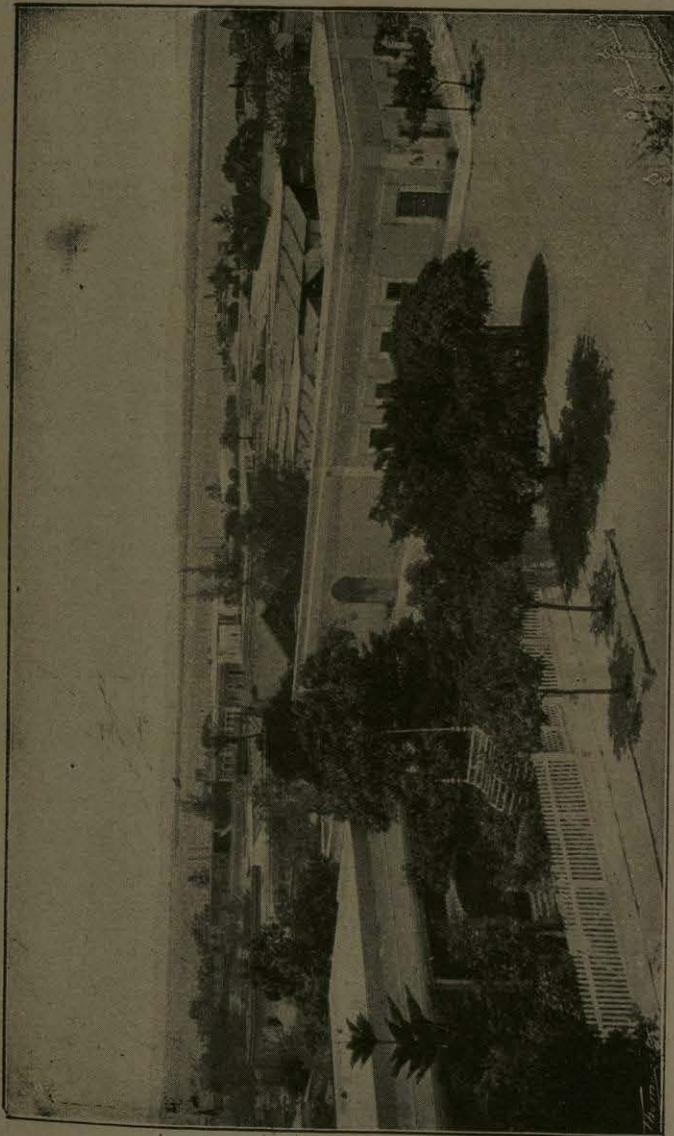
Al día siguiente, continuaron los escándalos callejeros durante toda la mañana y se registraron nuevas desgracias: un muerto y tres heridos en la Avenida Juárez, causados por la fuerza armada; pero á la tarde fueron presentadas al Congreso las renunciaciones del Presidente y del Vicepresidente y aceptadas sin discusión, cesó prontamente la efervescencia popular.

El texto de las renunciaciones no tuvo nada interesante: el General Díaz presentaba su dimisión porque el pueblo, alzado en armas, se lo pedía, y en cuanto á la del señor Corral, no obstante estar fechada en París el 4 de Mayo, manifestaba que dimitía porque debía secundar al señor Presidente en su dimisión (2).

La finalidad de la revolución se había cumplido. El pueblo mexicano que ahora cien años se había hecho independiente, se hizo libre en 1911. Desde el siglo pasado, era esclavo de sus propios mandatarios, víctima de dictaduras casi siempre militares; hoy se encargaba del gobierno el elemento civil de acuerdo con el adelanto cultural de los ciudadanos.

(1) El mismo día en que se presentaron al Congreso las renunciaciones presidenciales, ó sea el 25 de Mayo, emprendió su viaje al extranjero el general Díaz. A las 12 de la noche se embarcó en un tren especial del Ferrocarril Interoceánico, rumbo á Veracruz, en unión de su familia y algunos íntimos amigos. Pocos días después, salía de aquel puerto á bordo del vapor alemán "Ipiranga," el mismo donde viniera el general Reyes hasta la Habana.

(2) Véase Apéndice número 6.



Baja California.—Vista de la ciudad y puerto de La Paz.

Terminaba el divorcio entre el pueblo y el gobierno nacido por haber evolucionado aquél hacia el progreso; por haberse estacionado este durante un tercio de siglo sin notar que el ambiente había cambiado. De hoy en adelante, las instituciones funcionarán dentro de la época y podemos esperar que se hagan reales y tangibles los símbolos reconquistados: Libertad y Democracia.
